

ACTIVISMO LGBT: TEMPORALIDADES Y ESCENAS DESDE LAS LUCHAS POLÍTICAS DE IDENTIDAD DE GÉNEROS

SILVIA DELFINO Y FABRICIO FORASTELLI

En este artículo tratamos de situar algunos debates recientes de los usos de la teoría de género e identidad de géneros como estrategia de las luchas políticas y organizativas en diálogo con las concepciones semióticas de marcos de inteligibilidad y acción frente a la discriminación y la represión. Este fue nuestro objetivo cuando en 1994 propusimos en la Universidad de Buenos Aires núcleos de activismo para visibilizar, en la universidad pública, los debates sobre las crecientes desigualdades sociales desde las luchas de diferentes movimientos políticos por los derechos LGBT. Actuábamos respecto del disciplinamiento neoconservador, que producía reclamos de identidad restrictiva a través de la extrema visibilidad y fetichización de las diferencias en la industria cultural, pero también a través de la vigilancia y la persecución a los colectivos LGBT en la vida pública cotidiana.

“¿Qué van a hacer si alguien se entera?” Esta pregunta de una colega durante una de nuestras actividades en la universidad, a fines de 1996, recibió una cándida réplica: “Fotocopiamos cinco mil volantes, ¡ojalá alguien se entere!”. Este intercambio forma parte de los debates que historizan los modos en que la visibilidad ha sido usada como estrategia por los movimientos políticos que resituaron la relación entre desigualdad de clase y diferencias de géneros, orientación sexual, identidad de géneros en sus acciones contra la discriminación y la represión policial, judicial y política siempre invisibilizada por los medios pero también por las discusio-

nes del sentido común. Intentábamos resituar el vínculo entre visibilidad, no sólo como fetichismo o alienación, y la opacidad en tanto condición de esos marcos de inteligibilidad y acción para especificar la cultura como material de las disputas por la hegemonía. Hablábamos en ese momento de interrogar la relación entre desigualdad de clases y la condición crítica de las diferencias cuando el neoconservadurismo producía tanto empobrecimiento como reclamos ideológicos de orden y control ante las luchas contra la impunidad que las leyes de Punto Final, Obediencia Debida y los indultos buscaron silenciar. Tratábamos de hacer visibles los modos en que la discriminación ha sido y sigue siendo denunciada como parte de los mecanismos institucionales de marginación y represión en nuestro continente desde el siglo XIX. Nos incluíamos en la lucha contra la represión de las agrupaciones LGBT de América Latina que, en nuestro país, se habían articulado con los movimientos revolucionarios desde principios de los setenta (Rapisardi y Modarelli 2000; Forastelli 1999; Delfino 1999). Intentábamos retomar su impronta territorial desde lo organizativo, respecto del Estado, en las luchas contra los edictos policiales, los códigos contravencionales y la Ley de Averiguación de Antecedentes, que criminalizaban la sexualidad, y desde las prácticas de resistencia a la proscripción y a la criminalización de la movilización política. Nos inscribíamos también en las luchas de los movimientos que reclamaban juicio y castigo para los genocidas mientras trabajaban contra la opresión en el presente, como la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. Nuestro objetivo era denunciar que los códigos de faltas, edictos y contravenciones eran usados en todo el país para perseguir grupos por edad, color de piel, géneros, orientaciones y prácticas sexuales no normativas, clase y “portación de cara”, y que esa abierta criminalización de la sexualidad y de las acciones colectivas mostraba hasta qué punto no se había desmantelado el aparato represivo del Estado genocida.

Tuvimos que retomar los debates sobre los modos en que el pánico moral y sexual constituye al mismo tiempo regímenes de visibilidad y marcos de inteligibilidad y acción respecto de la sexualidad en tanto organización de la cultura. Así, la historización de los modos de resistencia permite leer el género, la orientación sexual y las identidades como rearticulación de la cultura a través de la actividad política. La historia política de los movimientos LGBT en nuestro país está tramada por episodios que muestran cómo el pánico moral y sexual hace jugar la inquietud respecto de lo que se define como extraño con la vigilancia cuando se postula la acción política como peligro y luego se la declara extranjerizante hasta literalizar la planificación del genocidio. Este era precisamente uno de los sentidos más políticos de la palabra *queer*, tal como lo tomábamos de las formas de resistencia global contra todo tipo de discriminación, pero también contra el carácter asimilativo de las políticas de identidad neoconservadoras que, construyendo perfiles de peligrosidad, pánico moral y sexual alrededor de determinados grupos y sectores durante la epidemia del VIH-sida, justificaban la

maximización del control y el reclamo de nuevos modos de autoridad. Los esfuerzos de las organizaciones *queer* por producir no sólo la visibilidad sino el desafío político de una sexualidad pública vivida como interpelación al Estado respecto de las inversiones en salud, educación y normas contra la exclusión social y política, habilitaban a la teoría no sólo como crítica de la heteronormatividad obligatoria, sino como estrategia contra las normas económicas y políticas que perpetúan la segregación y la exclusión.

Propusimos entonces dos preguntas desde el activismo: *¿cuál es el valor crítico de las diferencias de etnia, edad, género, identidad de géneros u orientación sexual en los modos de dominio y en las posibilidades de plantear alternativas políticas?* Y, si los movimientos sociales, en tanto formas de organización colectiva, han cambiado la historia de la investigación social, *¿cuál es la relevancia de la investigación para los movimientos políticos en las condiciones de crisis de hegemonía?*

Para tratar de articular acciones respecto de estas preguntas, formulamos tres núcleos: a) la relación entre desigualdad y diferencias de edad, etnia, religión, géneros, identidad de género y orientación sexual tanto en la extrema visibilidad de la fetichización de la industria cultural como la invisibilización de la vigilancia y el control; b) la heteronormalidad obligatoria desde el vínculo entre explotación y opresión en la relación entre capitalismo y democracia liberal; c) la subalternidad como experiencia cultural e histórica específica de marginación y proscripción que requiere la revisión de modos de autoridad y de sus crisis en la medida en que las ideologías racistas, sexistas y lesbo-homo-transfóbicas constituyen un campo tan material como político de prácticas colectivas de silenciamiento y persecución a las formas de organización colectiva que se dan los movimientos políticos para transformar sus condiciones de existencia.

Al interrogarnos sobre el valor crítico de las diferencias de género, orientación sexual e identidades, nos preocupaba que estuvieran localizadas muchas veces en las investigaciones sobre lo simbólico como mero espectáculo, máscara o simulacro. Recurrimos entonces a los debates del feminismo materialista (como las propuestas de Barrett (1982), Rowbotham (1999), McRobbie (1982), Hall et al. (1978), De Lauretis (2007), Kosofsky Sedgwick (1991) y Butler (2004a, 2004b, 2009) cuando usa la semiótica, pero también la economía política, para revisar el vínculo entre opacidad simbólica y condiciones de producción de autoridad y poder frente a la invisibilización de la represión y la discriminación. Esto implicó retomar los debates de la semiótica respecto de los modos de organización colectivos, no sólo como problemas de investigación, ya que vimos muy pronto que la homo-lesbo-transfobia en tanto trama narrativa de inteligibilidad y acción está vinculada con formas organizacionales que la sostienen y se alimentan de ella. Sabemos que al analizar la industria cultural, la semiótica indica que el sexismo, como el racismo, constituye marcos de inteligibilidad dentro de los cuales se definen tanto los límites de lo visible como las disputas respec-

to de experiencias hegemónicas del género y la sexualidad, como proponen Guillermo Olivera y Carlos Figari en este mismo volumen.

Esta concepción de las luchas involucró debates sobre lenguaje y acción en dos dimensiones. Primero, la especificación del valor crítico de las diferencias no consiste en armar un cuadro de los estereotipos, sino en hacer visible la trama semiótica que orienta y moviliza hacia distintos modos de organización. Al concebir el sexismo desde lo simbólico, no proponíamos registrar una mera reproducción de estigmas sino especificar cómo su performatividad produce escenas situadas en condiciones concretas que politizan los modos en que el género es experimentado como posición colectiva. Este proceso involucra modalidades semióticas concretas respecto de la producción de diferencias (Escudero-Chauvel 2001).

Segundo, postulamos que lo *queer* no nos ha interpelado en tanto atributo, ya sea de los sujetos o de sus producciones, sino en tanto forma de acción y organización colectiva. Nuestro argumento ha sido que las luchas contra la discriminación y la exclusión requieren formas organizativas respecto de reclamos de control y vigilancia en contextos de crisis económica y política. Desde este punto de vista, consideramos las teorías simbólicas de las diferencias de género e identidad de géneros, que no sólo analizan las tecnologías de subjetivación, sino que especifican los modos en los que el dominio se perpetúa a través de configuraciones ideológicas y culturales.

Esa concepción de la sexualidad sostenía que los movimientos LGBT focalizan la relación entre Estado y sociedad civil para actuar respecto del conjunto de las instituciones productoras de estigmas como los medios o la educación (Pechin 2008; Elizalde 2005), pero también la justicia o las políticas de trabajo y salud que tienen a su cargo el control institucional de las categorías sexuales. En este sentido, la regularización de experiencias a través del vínculo entre lenguaje y acción como material en las crisis de hegemonía no sostiene las diferencias en el sentido de “particularismos de identificación positiva” que pueden ser analizados en términos de “comunidades interpretativas armónicas”, sino que su existencia misma es producto histórico de una articulación antagónica.

En nuestro argumento, esta articulación implicaba una discusión sobre lo performativo como modo de intervención en la cultura. Simultáneamente, se hizo evidente que la historización de estos problemas ponía en primer plano la relación que nuestras producciones establecen con el Estado, que era tratada, en el neoconservadurismo, como un problema de configuración del perfil técnico de los expertos, asesores o especialistas que intervienen en el diseño de programas de control de las crisis. Para entonces, las acciones y producciones culturales respecto del género, la orientación sexual y las identidades de género no normativas se habían vuelto perentorias desde los organismos multilaterales de crédito dispuestos a financiar espacios de investigación y centros de estudio y de postgrado en género, orientación y diversidad sexual.

Vimos entonces que uno de los problemas políticos de primer orden era el efecto de estas condiciones sobre la reificación de la diversidad sexual como un tema de profesionalización individual, no sólo por la institucionalización acrítica de ámbitos de producción cultural o de “estudios de mujer”, gay, lésbicos, *queer*, sino también porque al focalizar el género o la identidad de géneros como objeto fetichizado, por un lado, se sostenían las formas de disciplinamiento de la tolerancia y el mero reconocimiento en la democracia neoconservadora y, por otro, se eliminaba la reflexión respecto de las condiciones de organización colectiva. Fue necesario entonces discutir la institucionalización de centros de investigaciones a partir de la financiación de organismos internacionales o fundaciones que han estado históricamente vinculadas a agencias de seguridad en nuestro continente. Tuvimos que tomar posición respecto de las consecuencias políticas de nuestras perspectivas en la medida en que constituyen modos de autoridad que no sólo distribuyen formas de prestigio, sino también los vínculos que establecen con la producción económica, con las demandas públicas más amplias; en definitiva, con las luchas por la hegemonía en situaciones de crisis. Para enfrentar estas disyuntivas, tratamos de coordinar prácticas que no reprodujeran los discursos académicos alarmados por la proliferación de las diferencias o el supuesto estallido de los centros de control y dominio, sino que situaran las luchas políticas por la exploración material de la cultura en las formas de producción de valor de las que nuestras propias instituciones formaban parte.

Se produjeron acciones de investigación y activismo, como la elaboración de un “instructivo” sobre prácticas contra la discriminación en medios que fue elaborado desde el Área Queer en la Federación Argentina LGBT, coordinando más de quince universidades nacionales, agrupaciones de activismo LGBT y organismos de derechos humanos (Área Queer 2007). Además, desde 2005 colaboramos con varias iniciativas de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, como la elaboración de un “Observatorio-Contralor de Noticias Informativas sobre Jóvenes en situación de delito”, coordinado por Jorge Jaunarena, de Asociación Miguel Bru; y participamos del Observatorio de Jóvenes y Medios dirigido por Florencia Saintout (2007), del Observatorio de Género, coordinado por Florencia Cremona y del Centro Cultural Néstor Perlongher en el Núcleo académico LGBT de dicha universidad, coordinado por Paula González Ceuninck (2009). Asimismo, Juan Pablo Parchuc (2008) produjo un Informe sobre Códigos Contravencionales y de Faltas de las provincias de la República Argentina y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en relación con la discriminación y la represión a gays, lesbianas, bisexuales y personas trans, en el marco de la articulación con el trabajo territorial a nivel nacional de la Asociación de Travestis, Transexuales y Transgénero de Argentina en la Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans que fue publicado como Documento de trabajo por el Instituto Nacional contra el Racismo, la Discriminación y la Xenofobia (INADI).

En estas producciones y actividades, el vínculo entre cultura y condiciones de producción incluyó las discusiones sobre lenguaje del feminismo cuando hacen visible que las imágenes binarias, construidas a partir de rasgos asignados a mujeres y varones como características constantes, atemporales y ahistóricas de “lo femenino” y “lo masculino”, se basan en procesos ideológicos que enlazan la desigualdad de clase con las diferencias culturales (Barrancos (2007), Maffía (2003), Fernández (2000), Berkins y Fernández (2006), Domínguez y Perilli (1998), Bellucci (1999), Dalmasso et al. (2011), Amado (2009). Entendimos que estos procesos ideológicos habilitan el sexismo y la homo-lesbo-transfobia desde la burla y la injuria hacia prácticas que no responden a los parámetros de “heteronormalidad”, ya que aluden no sólo a las imágenes de géneros, sino también a situaciones que involucran lo etario, lo étnico, lo familiar o los roles laborales respecto de conflictos y crisis históricas y no como mera representación o efecto de lectura.

Decíamos que esas eran las operaciones clave del vínculo entre discriminación y represión en la medida en que habilitaban: a) inscribir en el cuerpo de un grupo o sector un rasgo por el cual se lo declara primero como peligro, luego como problema hasta reducir la experiencia y constitución de ese grupo al rasgo que se le adjudica través del pánico moral en tanto reclamo de vigilancia y represión; b) inscribir y redefinir la condición de género en una marca de sexualidad biologizada alarmante, por ejemplo cuando ciertas figuras como “mujeres solas”, “chicas de la calle”, “travestis” o “personas trans” son visibilizadas en términos de signos permanentes de “promiscuidad”, “amenaza de perturbación a la moral”, “desviación sexual” y/o “prostitución” como operación ideológica de producción de “pánico sexual”; c) producir una diferenciación excluyente tanto de los grupos como de la violencia social en la medida en que son “generizados” por el proceso de estigmatización en tanto criminalización; d) reducir el problema de la relación entre pobreza y delito a la existencia de esos grupos que, a través de la estigmatización, son identificados por su edad, etnia, género o condición social y luego naturalizados como delincuentes, y e) regularizar esas operaciones desde una mirada supuestamente “neutra” de las instituciones por la cual sus discursos y acciones están siempre fuera del marco y, por lo tanto, permanecen fuera de la discusión. La cuestión era no sólo cómo desafiar estos sentidos de lo “normal” como opuesto a lo “extraño” o “desviado” en la producción de ideologías discriminatorias, sino preguntarnos cómo se produce y actúa como “sentido común”, la legitimación práctica de estas ideologías discriminatorias, revisadas en este mismo volumen por Ruth Zurbriggen, Graciela Alonso y Gabriela Herczeg.

En los términos de las políticas *queer* del lenguaje, esta relación entre diferencia y alteridad proponía una concepción de la performatividad en la cultura como experiencia y transformación. Esto implicó un doble desafío: primero, el reconocimiento de los alcances que el vínculo entre regulaciones culturales y hegemonía tiene en la administración de los conflictos del Estado respecto de la distancia entre normativi-

dad y regulación de las acciones colectivas cuando se discuten como principios abstractos en el liberalismo. En esta relación entre lo simbólico y lo material, las ideologías y las representaciones de clase, raza, etnicidad, género o sexualidad articulan prácticas y lenguajes, relatos concretos con condiciones concretas. De este modo, al registrar enunciados ideológicos que formulan expectativas de recomposición de la autoridad es necesario analizar la condición productiva de experiencias históricas de constitución del poder en tanto garantía de provisión de orden y restitución del equilibrio. Postulamos, en ese momento, el carácter semiótico indicial inferencial del vínculo entre miedo y peligrosidad en el sentido común. Desde una perspectiva semiótico-interaccionista, importa la conexión entre desorden, crisis y criminalización en situaciones sociales concretas y enfatiza el rol de la interpretación por la cual una situación se vuelve inteligible y convoca prácticas organizativas.

Segundo, estas condiciones *politizan* los modos de producción de identidades construyendo alrededor del vínculo entre desigualdad y diferencia retóricas o gramáticas que se experimentan como habilitadoras de la violencia hacia determinados colectivos. La canadiense Elizabeth Comack (Comack y Balfour 2004) indica cómo la ley actúa a través de estrategias “generizantes” que constituyen a los sujetos en tanto hombres y mujeres de la ley, pero también normaliza experiencias posibles de la sexualidad. Pero entonces, tanto el sujeto legal como la violencia misma son “generizados” en el proceso de producción de políticas públicas. Por eso decíamos que las leyes, pero también las políticas públicas, son productoras de diferencias de géneros. Simultáneamente, la ley y las políticas públicas no trabajan en un vacío. Al constituir al sujeto en términos de géneros y experiencias de la sexualidad, las fuerzas de seguridad del Estado, pero también los agentes judiciales, los fiscales contravencionales, los/as legisladores/as o el servicio penitenciario, establecen prácticas ideológicas que tienen resonancia dentro de relaciones más amplias, como que la violencia física es algo natural entre algunos sectores, por ejemplo los jóvenes varones, o cuando se criminaliza la prostitución en el marco de las discusiones sobre la trata de mujeres y niñas, que es reconocido como uno de los negocios más lucrativos en el presente.

En este punto, la participación a partir de 2004 en el Programa UBA XXII de Educación en Cárceles, coordinada por Juan Pablo Parchuc, abrió un ámbito de activismo respecto del género y la sexualidad desde las experiencias de personas privadas de su libertad en nuestro país. En el Centro Universitario Ezeiza de la Unidad 3 de Mujeres se ha explorado la condición generizante del disciplinamiento. Fuimos confrontados/as por el sentido discriminatorio que naturaliza el castigo de la sexualidad como pauta de vigilancia y control desde las prácticas simbólicas que se articulan con la ley para normalizar la agresión y producir, simultáneamente, modos de pánico moral y sexual que actúan respecto de su funcionamiento en el sentido común cotidiano. De hecho, el carácter generizante del encierro permite elaborar distintas explicaciones que adquieren una función regulatoria tanto de la experiencia individual (pobreza,

desempleo, prisión) como de las relaciones colectivas cuando refuerzan el control y el aislamiento como medidas “preventivas” ante sexualidades construidas como “en permanente anormalidad y descontrol”. La especificidad ideológica de los discursos institucionales consiste en permitir que estos enunciados de pánico moral y sexual sean formulados invisibilizando los predicados excluyentes o discriminatorios a través de los cuales se vuelven incuestionables. Es en estos términos que al transformarse los prejuicios en acuerdos generalizados del sentido común interpelan a actuar, incitan a la acción discriminatoria y habilitan la violencia, ya que aún las burlas o las injurias más admitidas por el sentido común cumplen la función de recordarnos que la violencia siempre está disponible para actuar sobre algunos grupos o sujetos en el marco de los conflictos sociales y políticos concretos, como en el caso de los crímenes de odio por género o sexualidad.

Propusimos entonces que historizar el discurso de las luchas por las diferencias culturales requería algo más que un simple cambio de voces, contenidos y marcos, ya que implicaba una revisión radical de la “temporalidad” en la cual esas historias se escriben en América Latina (García 2004). Esa temporalidad incluye el testimonio como procedimiento privilegiado de la industria cultural, pero también como material central de la configuración de escenas críticas de la justicia a partir de las diferentes propuestas de acción de los organismos de derechos humanos que lograron la derogación de las leyes de impunidad y los juicios a los genocidas en nuestro continente. Estas prácticas convocan a una reflexión sobre modos de historizar temporalidades en las luchas políticas desde los movimientos colectivos a través de la configuración de escenas de resistencia que articulan tiempo y espacio en tramas, narraciones, experiencias reflexivas sobre el territorio, la memoria y la justicia en su especificidad en Argentina.

Simultáneamente, la escena actualiza una concepción del Estado que se abre como horizonte de acción a partir de la derogación de las leyes de impunidad y la habilitación de los juicios, en la medida en que en esos procesos se juzga al propio Estado y su posibilidad de planificar y ejecutar el genocidio en términos de cálculo de recursos, acciones y legitimación ideológica. Por eso, estos procesos ponen en escena tanto la responsabilidad cívico-militar en las dictaduras como la historicidad de las acciones del Poder Judicial respecto de su propia institucionalización, no sólo como instaurador de interpretaciones de la ley que producen la legitimidad de la violencia represiva del Estado, sino también como articulador de los reclamos de orden, vigilancia y control por parte de la sociedad civil. La responsabilidad del Estado y de la sociedad civil en la aplicación y cumplimiento de las leyes, normas y convenciones por los derechos humanos involucra todos sus organismos y agentes pero también todos los ámbitos profesionales de su ejercicio. De hecho, que una acción sea considerada colectivamente como un acto discriminatorio cambia históricamente de acuerdo con la producción de políticas contra la discriminación e involucra la acción de los agentes encargados de aplicarlas.

En este sentido, la responsabilidad del Estado respecto de la discriminación y la exclusión ha llevado a discutir todas las situaciones institucionales de la vida pública y privada, en la medida en que la discriminación constituye uno de los obstáculos más nítidos en el acceso a derechos humanos como la salud, la educación, el trabajo, pero también a la posibilidad de organizarnos para transformar nuestras condiciones de existencia. Pero entonces es necesario especificar cómo las luchas contra la discriminación no sostienen intereses sectoriales sino, por el contrario, una toma de distancia respecto las concepciones de los derechos de algunas organizaciones LGBT que, en Europa y Estados Unidos, postulan el reconocimiento de una “naturalidad” no política de sus prácticas desde la formulación de alianzas basadas en la cultura política de negociación liberal. Las acciones contra la discriminación en nuestro continente implican una concepción de la organización colectiva para obtener el reconocimiento de derechos como bienes públicos y no como intereses sectoriales. Esto implica, asimismo, estrategias legislativas y judiciales que en vez de focalizar los derechos de algunos grupos o sectores, interpelan, pero también son interpeladas desde la resistencia como antagonismo por los derechos vividos como integrales y colectivos.

Como tratamos de indicar en la historización de estas luchas y su articulación LGBT en nuestro país, es necesario recuperar las formas organizativas para la derogación de normas represivas y para la exploración de políticas que garanticen el acceso a la salud, la educación, el matrimonio, la adopción, tanto como la eliminación de los obstáculos para alcanzar los derechos a la identidad trans. En Argentina, estas luchas posibilitaron la sanción de la Ley 22.618 de Matrimonio Igualitario, que reconoce los mismos derechos y obligaciones para los contrayentes, con independencia de que sean del mismo o de diferente género. Durante el año 2011, la FALGBT ha presentado para debate dos leyes: la Ley de Identidad de Género, que permitirá el cambio de nombre y de los datos registrales en documentos, partidas de nacimiento, padrones electorales, etc. a las personas trans sin necesidad de autorización judicial ni diagnóstico médico, tratamientos o intervención quirúrgica alguna, y la Ley de Atención Sanitaria para Personas Trans, que busca garantizar el acceso a tratamientos y cirugías de reasignación de sexo para las personas trans.

Aquí podemos citar un argumento de las activistas *queer*, que al poner el acento no en la diferencia de género sino en la sexualidad como articulación de modos de poder y dominio, indican cómo el carácter colectivo de la experiencia implica una politización de los géneros y, por lo tanto, de las luchas por las leyes de salud reproductiva, el derecho al aborto, contra la violencia, el acoso sexual, la violación o la prostitución forzada, que dejan de ser problemas meramente sociales (un asunto de la sociedad en su conjunto como un orden armónico) o meramente sexuales (asunto privado entre adultos que consienten o experiencias dentro de ámbitos privados) para ser vistos como problemas políticos. De hecho, estos debates, en las actuales condiciones de producción de hegemonía, requieren definir tanto la especificidad de las luchas por

los derechos LGBT como comprender la especificidad de las condiciones en que entran en relación con lo político y lo económico; en principio a partir del valor crítico de la especificación, no sólo como operación analítica, sino como modo de producir estrategias de intervención política.

Decíamos que si se focaliza la relación entre temporalidad y acción desde lo performativo tanto de las experiencias de géneros e identidad sexual como en los procesos más recientes de escenas en los juicios a genocidas en nuestro país, como así también en luchas legislativas y jurídicas sobre derechos, la actividad política podía ser leída pero también orientada como rearticulación de la experiencia histórica de los colectivos LGBT. Algo que en nuestra cultura política nítidamente se experimentó tanto a través de los movimientos de mujeres como de las formas de activismo político LGBT por la rearticulación de una experiencia de colectivos de clase y de género en la historia tanto por los derechos que habilitó como por el estatuto político de sus organizaciones. Estos proyectos se fundamentan en el derecho a decidir sobre nuestros propios cuerpos como un derecho humano fundamental. En este sentido, nuestras experiencias de la sexualidad y el género constituyen formas organizacionales que reivindican la acción colectiva por una vida digna.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMADO, A. (2009) *La imagen justa. Cine argentino y política (1980-2007)*. Buenos Aires: Colihue.
- ÁREA QUEER (2007) *Medios de comunicación y discriminación: desigualdad de clase y diferencias de identidades y expresiones de género y orientaciones sexuales en los medios de comunicación*. Buenos Aires: UBA.
- BARRANCOS, D. (2007) *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- BARRETT, M. (1982) "Feminism and the definition of cultural politics" en *Feminism, Culture and Politics* de Brunt, C. y Roman, C. (eds.). London: Lawrence & Wishart, 37-58.
- BELLUCCI, M. (1999) "La lucha de las mujeres por los derechos sexuales" en *Las marcas del género* de X. Triquell y F. Forastelli (comps.). Córdoba: CEA. 105-116.
- BERKINS, L. Y FERNÁNDEZ, J. (2006) *La gesta del nombre propio*. Buenos Aires: MP.
- BUTLER, J. (2004a) *Precarious Life. The Powers of Mourning and Violence*. London: Verso.
- _____. (2004b) *Undoing Gender*. London: Routledge.
- _____. (2009) *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós, 2010.
- COMACK, E. y BALFOUR, G. (2004) *The Power to Criminalize. Violence, Inequality and the Law*. Halifax: Fernwood Publishing.
- DALMASSO, M.T, ANDACHT, F. Y FATALA, N. (coords.) (2011) "Tiempo, espacio e identidades", *Revista de Signis*, 15. Buenos Aires: LaCrujía-FELS.
- DE LAURETIS, T. (2007) *Figures of Resistance. Essays in Feminist Theory*. Chicago: University of Chicago Press.

- DELFINO, S. (1999) "Género y regulaciones culturales: el valor crítico de las diferencias" en *Las marcas del género* de X. TRIQUELL y F. FORASTELLI (comps.). Córdoba: CEA, 67-84.
- DOMÍNGUEZ, N. Y PERILLI, C. (comps.) (1998) *Fábulas del género. Sexo y escrituras en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- ELIZALDE, S. (2005) *La otra mitad. Subjetividades peligrosas. Género y juventud en la Argentina contemporánea*. Tesis de doctorado. Buenos Aires: UBA. Mimeo.
- ESCUDERO-CHAUVEL, L. (coord.) (2001) *La Moda. Representaciones e identidad*. Revista de Signis, 1. Barcelona: Gedisa-FELS.
- FERNÁNDEZ, J. (2000) *El travestismo: ¿ruptura de las identidades sexuales, reforzamiento de los procesos de generización o identidades paradójicas?* Tesis de Maestría. Buenos Aires: UNSAM. Mimeo.
- FIGARI, C. (2009) *Eróticas de la disidencia en América Latina. Brasil. Siglos XVII al XX*. Buenos Aires: CLACSO-Ciccus.
- FORASTELLI, F. (1999) "Políticas de la restitución. Identidades políticas y luchas homosexuales en la Argentina" en *Las marcas del género* de X. TRIQUELL y F. FORASTELLI (comps.). Córdoba: UNC-CEA, 117-142.
- GARCÍA, M. (2004) *Narración. Semiosis/Memoria*. Posadas: EUM.
- GONZÁLEZ CEUNINCK, P. (ed.) (2009) "Comunicación y género. Narrativas de la diversidad desigual", *Revista Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura*, 66. La Plata: FPCS-UNLP.
- HALL, S., CRITCHER, C. et al. (1978) *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order*. London: The Macmillan Press Ltd., 1994.
- KOSOFSKY SEDGWICK, E. (1991) *Epistemology of the Closet*. California: UCP.
- MCRROBBIE, A. (1982) "The politics of feminist research: between talk, text and action". *Feminist Review*, 12, 46-57.
- MAFFÍA, D. (comp.) (2003) *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- PARCHUC, J. P. (2008) *Informe sobre Códigos Contravencionales y de Faltas de las Provincias de la República Argentina en relación con la discriminación y la represión a gays, lesbianas, bisexuales y personas trans*. Buenos Aires: FALGBT INADI.
- PECHIN, J. E. (2008) *Escolaridad, discriminación y violencia: instituciones, experiencias y subjetividades*. Buenos Aires: AUGM.
- RAPISARDI, F. Y MODARELLI, A. (2000) *Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños durante la última dictadura*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ROWBOTHAM, S. (1999) *Threads through Time: Writings on History and Autobiography*. London: Penguin.
- SAINTOUT, F. (2007) *Jóvenes: el futuro llegó hace rato*. La Plata: FPCS-UNLP.